

## UNAMUNO, PEREGRINO DE LA BELLEZA: ASCENSIÓN Y ASUNCIÓN, O DE UNA ESTÉTICA MONTESINA

*Unamuno, pilgrimage of beauty: Ascensión and Asunción, or about a natural esthetic*

Ana RODRÍGUEZ FISCHER

Universidad de Barcelona  
anarod@pangea.org

RESUMEN: Partiendo de la experiencia del viaje en la vida y escritos de Unamuno, analizo los motivos —estéticos, sensuales, cordiales, físicos, intelectivos y políticos— que le impulsan a recorrer determinados pueblos y lugares de España, cuya práctica, ya desde su juventud, le permite transformar la experiencia sentimental en sensitiva, el amar en querer, paso previo a la acción, pues tales andanzas tienen una dimensión tanto estética como política. Estudio, por consiguiente, la poderosa presencia e influencia de los lugares recorridos y sentidos por don Miguel, hasta el punto de llegar a constituir constelaciones casi permanentes en su universo literario, atendiendo a la significación de los espacios más destacados —montaña, cima, llano, cumbre, sierra o páramo—, y su importancia en la forja de conceptos claves en el pensamiento de Unamuno, como las parejas Asunción y Ascensión, o In-tracción e In-versión.

*Palabras clave:* Unamuno, Miguel de, paisajes, viajes.

ABSTRACT: Starting with the travel experience in the life and works of Unamuno, I analyze the different reasons —esthetic, sensual, emotive, physical, intellectual and political— that led the author to walk and travel around certain places of Spain. These exercises (as he called them), practiced since he was a young man in his native land, taught him how to transform the sentimental experience in a sensual one, the love in desire, which was the first step for action, since Unamuno's *andanzas* have both an esthetic and a political significance.

According to this, I point out and describe the presence and influence of the places/spaces visited and felt by Unamuno, so that they conform a peculiar and permanent microcosmos within his Works, paying attention and analyzing the most significant ones, not always present in the author's studies —mountain, peak, top, flatness, mountain range or waste land—, and at the same time I review their importance in Unamuno's Thought, specially in concepts such as *Asunción*, *Ascensión*, *In-tracción* or *In-versión*.

*Key words:* Unamuno, Miguel de, landscape, trip.

En un reciente trabajo que versaba sobre la belleza como móvil del viaje en los escritores contemporáneos<sup>1</sup>, dediqué un par de páginas a la figura de don Miguel de Unamuno, en las cuales apuntaba de manera muy concisa el punto de llegada de una experiencia que se proyectó a lo largo del tiempo y en muy variados espacios, y que ahora me propongo desarrollar y exponer con más detalle, tomando como *corpus* principal de mi estudio los textos reunidos en el primer tomo de la *Obras Completas*<sup>2</sup>, *Paisaje*, pero sin descuidar otros que, diseminados en obras de muy distinta naturaleza, abordan y refieren la experiencia del viaje, experiencia que desde unas primeras andanzas más próximas a la jocosa ironía postromántica<sup>3</sup>, a los cuadros o relaciones de corte costumbrista y a los arabescos modernistas, acaban forjando la imagen mucho más honda, esencial y permanente del viajero como peregrino de la belleza y romero de la inmortalidad. Porque si bien es indiscutible la tesis de Luciano Egido, cuando en *Salamanca, la gran metáfora de Unamuno*<sup>4</sup>, afirma que Salamanca es la cita permanente de Unamuno y que éste, «irremediamente, fue a todas partes con la imagen de Salamanca en los ojos»<sup>5</sup>, mostrando con todo tipo de detalles los múltiples recuerdos salmantinos que a lo largo de la vida del autor irrumpen aquí y allá, también es innegable la poderosa presencia e influencia de otros lugares recorridos y sentidos por don Miguel, hasta el punto de llegar a constituir constelaciones casi permanentes en su universo viajero.

Es hacia esas otras constelaciones hacia donde apunta mi trabajo, donde pretendo ver por dónde anduvo, y quién fue y qué sintió y pensó o soñó en esos lugares. Analizaré, por tanto, las geografías que recorre, los motivos que le llevan a ellas,

1. RODRÍGUEZ FISCHER, Ana. Imágenes del deseo, *Cuadernos Hispanoamericanos*, 682 (abril de 2007), pp. 15-36.

2. Madrid: Afrosio Aguado, 1958.

3. Es el joven entregado a trazar recuerdos comicoelegiacos o tragicómicos y a las «psicologuerías» (como las llamará más tarde) reunidos en *De mi país* (1903), libro que, aunque publicado después de *Paisajes* (1902), contiene en realidad textos datados en la década de los ochenta y noventa. Sobre esta otra faceta del joven Unamuno publicaré un trabajo independiente de éste que me ocupa.

4. Publicado en Salamanca, Ediciones de la Universidad de Salamanca, 1983.

5. EGIDO, Luciano G. *Salamanca, la gran metáfora de Unamuno*. Salamanca: Ediciones Universidad de Salamanca, 1983, p. 61.

los medios de que se vale para esos viajes, y la actitud o los modos y maneras con que el viajero mira y sueña y escribe, porque estamos ante un escritor que muestra una clara conciencia de las razones y designios que le impulsan a emprender sus gozosas andanzas, aunque de vez en cuando se autorretrate como un «forzado del cálamo» y se deslicen en sus páginas leves quejas del tipo «Es cosa terrible esto de ver algo para escribir de ello, más bien que escribir porque se ha visto. Pero el oficio...»<sup>6</sup>, lamento no exclusivo del escritor-viajero, sino constante en el Unamuno articulista o publicista, como es bien sabido, y que, en lo referido a las relaciones de viaje, irá desapareciendo con el paso del tiempo.

... durante el verano y en las siempre breves vacaciones de que durante el curso puedo gozar, salgo a hacer repuesto de paisaje, a almacenar en mi magín y en mi corazón visiones de llanura, de sierra o de marina, para irme luego de ellas nutriendo en mi retiro. Así como también llevo al campo el recuerdo de las espléndidas visiones de esta dorada ciudad de Salamanca [...]. Así llevo la ciudad al campo y traigo el campo a la ciudad. Pero la ciudad que es a su vez campo, la ciudad hecha naturaleza serena, impenetrable y notable.

Tal declaraba Unamuno en 1911, en un texto —«Ciudad, campo, paisajes y recuerdos»<sup>7</sup>— que puede considerarse un verdadero manifiesto-programa del viajero en tanto que excursionista o peregrino de la belleza que una y otra vez —hasta los últimos años de su vida— emprende pequeños viajes o excursiones a puntos concretos de nuestra geografía, parajes naturales de Castilla, Extremadura, Portugal, Aragón, Mallorca, Canarias, Galicia, Cantabria, La Mancha o el País Vasco, porque para este infatigable peregrino de la belleza no hay paisaje feo —según sostiene en más de una ocasión<sup>8</sup>—, en parte porque no admite ponerle puertas ni etiquetas a la belleza —una y otra vez niega determinadas analogías y, como buen romántico, rechazará que se confunda tristeza con fealdad, por ejemplo<sup>9</sup>— y en parte porque se enfrentará

6. «Guarda» (1908), *Por tierras de Portugal y España*, Madrid: Espasa-Calpe («Austral, 323»), 1968, p. 73.

7. Recogido en *Andanzas y visiones españolas*, en *Obras Completas I*, ed. cit., pp. 623–624.

8. Lo afirma en «El sentimiento de la naturaleza» [1905] —otro de esos textos programáticos— con motivo de defender la belleza de Castilla, y así negar el tópico que iguala aridez y fealdad: «Al llegar acá, a Castilla, cuyos campos representan no poca semejanza con lo que nos dicen ser la pampa, me hablaban todos de la tristeza y fealdad —confunden lo triste con lo feo— de esta campiña sin árboles ni arroyos, y me ponderaban la belleza del paisaje de mi tierra vasca. Y les sorprendía al oírme decir que prefiero este paisaje amplio, severo, grave; esta única nota, pero nota solemne y llena como la de un órgano, a un verde agrio. Estos pueblos terrosos, que parecen excrescencias del terreno o esculpidos en él, me dicen más que aquellas casitas blancas, con sus tejados rojos, que se ve han sido puestas por el hombre en aquellos vallecitos verdes. O la montaña bravía, la de los Pirineos o los Picos de Europa, o la llanura. Pero también me gusta recogerme en aquellos mis vallecitos vascos, que atraen y retienen como un nido. (*Por tierras de Portugal y España*, ed. cit., p. 183).

9. Valga como prueba este comentario de 1916, cuando iba a pasar sus vacaciones veraniegas en Mallorca, que brota durante el trayecto de Salamanca a Barcelona: «Atravesamos las tierras trágicas de la sobremeseta aragonesa, las tierras de hacia Medinaceli, de las que me decía un francés que parecen

a lo nuevo con una mirada virginal y desprejuiciada, aniñada, actitud adoptada ya en un temprano trabajo, «Las procesiones de Semana Santa» (1891), cuya materia u objeto obliga al viajero-narrador a plantearse cuál debe ser la actitud adecuada para representarse lo poético de cualquier solemnidad, respondiéndose que habrá de ser el regreso a la infancia, *el aniñarse de espíritu*, cuando todo era nuevo, siempre nuevo, y «toda impresión venía humeante y chorreando vida»<sup>10</sup>. Creo que tenemos aquí una clave para entender el principal quiebro del viajero Unamuno: esa disposición auroral o virginal propia de la niñez que sólo el radical cambio que supuso el traslado a Castilla pudo propiciar.

Estamos ante un viajero que, en los tiempos en que viajar era ya una moda y casi una vulgaridad, elegirá para sus andanzas parajes muy alejados de la rutas frecuentadas por los turistas, porque rechaza al prototipo «superficial y cómodo» que simplemente aspira en sus viajes «a matar unos días viviendo con la sobrehoz del alma»<sup>11</sup>; censurará a quienes viajan más por ostentación y vanidad en vez de «para recordarlo y paladearlo a solas y para encender con el recuerdo de esos viajes a ajenas tierras el tibio y recalentador apego al rinconcito en que se nació o en que se vive en nido propio»<sup>12</sup>. Por eso defenderá siempre la lentitud frente a la moderna superstición de la aceleración<sup>13</sup> y gustará de aproximarse a su destino «por camino largo, tomándolo a sorbos, a modo de quien lo saborea»<sup>14</sup>, sabedor de que «no se mueve por sí aquel a quien su automóvil lo lleva a cien kilómetros por hora, y sé más, y es que no se entera por el camino por el que va»<sup>15</sup>. Por eso, viajará a pie, a caballo, —(«Dejaba a mi cabalgadura rienda al cuello, que fuese a su talante [...]

---

de un paisaje planetario, lunar. Hacia Sigüenza hay unas tierras tristes, pero bellas. Verdad es que yo no he encontrado todavía paisaje feo ni comprendo cómo hay quien lo encuentre. Como no comprendo que se confunda lo triste con lo feo. Hay tierras tristes, tristísimas, desoladas, saháricas, esteparias; pero muy hermosas, solemnemente hermosas. Y esas tierras trágicas de hacia Sigüenza, esas tierras que parecen leprosas, son bellas también. Se ven barracas con una vegetación bravía. Y mucho más adelante, las hoces del Jalón, ya en tierra aragonesa.» (*Andanzas...*, p. 741).

10. *Paisajes*, en *OCI*, ed. cit., p. 168.

11. «Ávila de los caballeros» (1909), *Por tierras...*, p. 114.

12. «Ciudad, campo, paisajes y recuerdos» (1911).

13. «Yo, por mi parte, no corro cuando puedo ir al paso, a pie, y enterándome del camino. ¿Que recorro poco espacio? ¿Y qué? Todo pedazo de espacio es infinito dentro de sí. Y lo mismo digo del tiempo. [...] Hay que buscar el tiempo de dos y de tres dimensiones, ancho y profundo a la vez que largo.» («En la quietud de la pequeña vieja ciudad» [1913], en *Andanzas...* p. 681.)

14. «Hacia El Escorial» (1912), *Andanzas...*, p. 633.

15. «En la quietud de la pequeña ciudad vieja» (1913), *Andanzas...*, p. 678. No voy a detenerme a hablar de los medios de transporte que emplea. Unamuno es hostil al tren y al automóvil, del que sólo en una ocasión habla como gran aliado del descubrimiento de la Naturaleza, porque permite llegar a rincones remotos donde aún no ha llegado el tren («El sentimiento de la Naturaleza» (1909), *Por tierras...*, pp. 187-188). Y en cuanto al avión, sólo esta referencia he hallado: «¡cuánto más nuevo que un aeroplano sería si apareciese un ictiosauro vivo o uno de aquellos gigantes reptiles voladores que cruzaban los aires cuando el hombre no arrastraba sus miserias y sus vergüenzas sobre la tierra!» («A pesca de metáforas» (1924), *En el destierro*, p. 663).

iba leyendo entre las cumbres y en los desfiladeros la lección eterna de la Naturaleza»<sup>16</sup>— o en carros de trajinantes y arrieros, ligero de equipaje, «sin arqueólogo alguno ni más cicerone que un chiquillo cualquiera que topáramos al azar en las calles»<sup>17</sup>; un viajero que lleva los ojos del alma bien abiertos porque, cuando se llega a un lugar, «importa más penetrar en la idea que sus moradores, sobre todo los naturales, tienen de ella, que no aferrarnos a nuestra propia visión inmediata»<sup>18</sup>. Y así, arremeterá contra aquellos de sus compatriotas que, o bien sucumben ante el vértigo de la velocidad, alterando sustancialmente el sentido de las salidas al campo<sup>19</sup>, o eligen para sus escapadas otros destinos, cegados como parecen estarlo por reclamos de tarjeta postal:

Es una lástima que la ramplonería de la rutina española lleve a tantas gentes a pueblecillos triviales, de una lindeza de cromo que encanta a los merceros enriquecidos, y haga les asuste pasar incomodidades para ir a gozar de visiones que están fuera del tiempo<sup>20</sup>.

De hecho, no abunda en las páginas unamunianas el autorretrato del viajero visto desde fuera<sup>21</sup>, aunque son numerosas las estampas o visiones íntimas, las del hombre interior. Aun así, contamos con algún pequeño esbozo, como el citado en la nota 19, donde se observa la extrañeza que ese hombre, o ese grupo de amigos<sup>22</sup>,

16. «Al pie del Maladeta» (1919), *Andanzas...*, p. 800.

17. «Trujillo» (1909), *Por tierras...*, p. 177.

18. «Soñando el Peñón de Ifac» (1932), *Paisajes del alma*, en *OCI*, p. 1085.

19. Así, entre los cambios que Unamuno constata en su Bilbao natal con el paso de la villa mercantil a la ciudad industrial, destaca la transformación de aquella práctica tan extendida en su juventud, salir al campo y hacer excursiones por los alrededores, que va perdiendo su carácter de afición desinteresada y ejercicio higiénico-estético para convertirse en exhibicionismo deportivo: «Hace veinticinco años, cuando yo tenía otros tantos, éramos muy pocos lo que aquí, en este Bilbao, nos dedicábamos a recorrer las montañas que lo circundan, al alpinismo, y aun pasábamos para muchos como chiflados, merced a tal afición. Los que recorrían montes hacíanlo en busca de minas o de aguas. Recuerdo que algún tiempo después, en una de mis vacaciones veraniegas, yendo de excursión de montaña con unos amigos que la cultivan, cruzamos con dos aldeanos, y diciéndole el uno al otro que iríamos a por mina o por aguas, contestó el que ya nos conocía, por lo visto, algo: «No, a ver nada más, *jinosenles!* Para el buen *jebo*, práctico aldeano vizcaíno, eso de trepar montes para abarcar panoramas era pura inocencia.// Desde entonces acá y sobre todo en estos últimos seis u ocho años, el deporte del alpinismo se ha desarrollado mucho aquí, en Bilbao, pero [...] ¡deporte! Parece que cuesta sacar de tal estado, del estado de deporte, llevándolo a la pura afición desinteresada, al ejercicio higiénico y estético». («Deporte y Literatura» (1915), en *Inquietudes y Meditaciones*, ed. cit., p. 595.) Tal idea retorna y la desarrolla el autor en «Del deporte activo y del contemplativo» (1922), *Idem*, pp. 655-658.

20. «Guadalupe», en *Por tierras de Portugal y España*, ed. cit., p. 102.

21. Creo haber tropezado únicamente con estas líneas: «Cubierto con la capucha de mi impermeable, protegido por las perneras, dejaba a la caballería que se buscara un sendero...» («En Yuste» (1920), en *Andanzas...*, p. 821).

22. Normalmente, Unamuno no iba solo en estas expediciones o excursiones. Por ello, *Andanzas y visiones españolas* (1922) se lo dedica a los compañeros que lo acompañaron, con la voluntad de consagrarles un recuerdo.

entregados a esfuerzos físicos e incomodidades varias sin propósito material ni lucrativo alguno<sup>23</sup> causa entre los lugareños, por lo que éstos deducen que a tales penalidades les moverán motivos expiatorios:

La España pintoresca y legendaria sería mucho mejor conocida que lo es —por los españoles, se entiende— si tuviéramos mejores caminos y vías de comunicación o si fuésemos más entusiastas y menos comodones. Entre nosotros, el amor a la hermosura y a la tradición no ha llegado aún a formas de piedad. Y así, cuando hace aún pocos días marchaba yo con dos amigos a visitar el célebre monasterio de Guadalupe, las gentes sencillas de aquellas tierras no se explicaban las molestias que soportábamos sino atribuyéndolo a que lo hiciésemos por promesa o votos religiosos<sup>24</sup>.

Son ciertamente otros los motivos que lo llevan de aquí a allá: estéticos, sensuales, cordiales, intelectivos o simplemente físicos. «Para recreo de los ojos y sugestión del corazón» le parece estar hecha la visión que se extiende ante él cuando en 1909 recorre el valle canario de Tejeda, dado el reposo que aquel paraje que parece carecer de materialidad tangible le proporciona<sup>25</sup>. En otra ocasión, tras la subida a la cumbre del Teix, en Mallorca, comentará exaltado:

Esto de ascender a las cimas de las montañas, y más si son rocosas, es un placer que tiene tanto de sensual como de estético, es una voluptuosidad de la fatiga. No cabe decir en qué tal cima es distinta de la otra, como no cabe expresar en qué se diferencia el gusto de un manjar del de otro manjar cualquiera. [...] cada cumbre es como otra música que nos pide otra distinta letra. Y yo espero que con el tiempo me brote en la fantasía la planta de la semilla que me dejó en ella el haber puesto el pie en la cumbre del Teix y el haber respirado en ella el aire que como entre sus dos manos batió el Señor entre el cielo y el mar henchidos de luz de aquella isla de oro<sup>26</sup>.

23. «Se habla de esto —aquí por lo menos— de dificultades de locomoción, de malos alojamientos, de molestias; pero todo esto, sobre ser, cuando no falso, exagerado, no pasa de pretextos. Y, además, «a quien quiere algo, algo le cuesta», dice el refrán. Los trenes expresos y de lujo, los hoteles confortables, han enmolecido a las gentes, sin que por eso resulten muy gratos. Por mi parte, me llevan los demonios cada vez que oigo a uno de esos insoportables petimetres de moquero perfumado y que se han hecho una cabeza en colaboración con el peluquero, quejarse de las comidas, de los trenes o de las camas. Todo eso es pedantería, y los más de ellos no vivirán mejor en sus casas. // Ventaja y grande es, de las excursiones que preconizo, la de aprender a acostumbrarse a todo y dejar melindres». El único aspecto práctico y provechoso en un sentido meramente utilitario que admitirá como efecto de este modo de viajar que preconiza es ese aprender a acostumbrarse a todo y dejar melindres: «Con ello bastaría. Pocas veces he gozado más que cierto día en que llevamos a una montaña a uno de esos señoritos de café, y le vi sudar la gota gorda, dejarse caer a mitad de la falda por falta de aliento, descomponerse la pelambrea y correrle por la cara gotas de cosméticos y tener luego que beber echado de bruces, boca al suelo. Y para fin de fiesta se le quemó toda la cara por el sol y cambió de pelaje.» («Excursión» (1909), en *Por tierras de Portugal y España*, ed. cit., p. 121).

24. «Guadalupe», en *Por tierra de Portugal y España*, ed. cit., p. 98.

25. «La Gran Canaria», *idem*, p. 160.

26. «En la isla dorada» (1916), en *Andanzas...*, pp. 786-787.

Y es que, para este impar viajero, tanto como «las sacudidas del cuerpo» que le deparan dichas salidas, cuentan las sacudidas del alma causadas por la novedad de las visiones, que le agitan y cansan incluso más que el ajetreo del caballo<sup>27</sup>. Consuelo, descanso, limpieza o depuración y restauración de alma y cuerpo<sup>28</sup>, la obtención de «aluviones de energía»<sup>29</sup>, y múltiples enseñanzas de distinto tipo son otros de los motivos que le llevan a emprender esas excursiones cuya práctica, ya desde su juventud, le permite transformar la experiencia sentimental en sensitiva, el amar en querer, y recuperar así el impulso natural y la espontaneidad característicos de la niñez<sup>30</sup>, condición de la libertad. Por ello, cuando esas excursiones se realizan dentro de la propia patria, aprendemos así a quererla: «Cóbrase en tales ejercicios y visiones ternura para con la tierra, siéntese la hermandad con los árboles, con las rocas, con los ríos; se siente que son de nuestra raza también, que son españoles. Las cosas hacen la patria tanto o más que los hombres»<sup>31</sup>.

Ejercicios llama Unamuno a sus peregrinaciones. Ejercicios estéticos y espirituales, porque esas salidas en que se lanza a leer en el libro de la Naturaleza y a educar el sentimiento de la misma, el amor inteligente y cordial al campo, le parecen «uno de los más refinados productos de la civilización y la cultura»<sup>32</sup>. Tarea ardua y difícil<sup>33</sup> que llega a constituirse en designio permanente del viajero desde que en su infancia bilbaína experimenta una de sus primeras emociones románticas<sup>34</sup> ante el panorama asombroso que se le reveló en los Caños, «con aquel ceñudo fondo del oscuro Arnótegui, y el río saltando entre pedruscos y la Isla y toda la hoz aquella...»<sup>35</sup>.

27. «Excursión», art. cit., pp. 161–162.

28. «El cuerpo se limpia y restaura con el aire sutil de aquellas alturas y aumenta el número de glóbulos rojos, según nos dijo un catedrático de medicina, pero el alma también se limpia y restaura con el silencio de las cumbres.» («De vuelta de la cumbre» (1911), en *Andanzas...*, p. 609).

29. «Del seno de este reposo siento que me invaden el alma aluviones de energía y un tumulto de pensamientos informes de larvas de ideas, que, formando nebulosa, buscan liberación.» («En la Peña de Francia» (1913), *Andanzas...*, p. 716).

30. Dado que «en estas ascensiones a la cumbres, en estas escapadas, se desnuda uno del *decorum*, de ese horrendo y estúpido *decorum*, y se pone uno el alma en mangas de camisa. [...] El decoro es la seriedad de los que están vacíos por dentro. Y en estas correrías por campos y montes, ¡qué alivio, qué hondo sentimiento de libertad radical cuando dejando todo decoro se pone uno a hacer y a decir chiquilladas!». («De vuelta de la cumbre», art. cit., pp. 610–611).

31. *Idem*, p. 121.

32. «El sentimiento de la Naturaleza», art. cit., p. 182.

33. «Qué difícil es educar el sentimiento de la Naturaleza», exclama en «O Bom Jesus do Monte» (1908), *Por tierras...*, p. 66.

34. Y no es casual que tilde de hermoso y purísimo poema «The Excursion», de Wordsworth («Cantos de la noche», en *Libros y autores españoles contemporáneos*, Madrid: Espasa-Calpe («Austral, 1513»), 1972, p. 9. Un amplio desarrollo de este tipo de experiencias lo encontramos resumido en el capítulo «Rousseau en Iturigorri», de *Mi vida y otros recuerdos personales*.

35. «Los Caños de Bilbao en 1846» (1918), en *Sensaciones de Bilbao*, ed. cit., p. 620.

«Estética montesina», un monodílogo<sup>36</sup> de 1902, me parece otro de esos textos programáticos en que se cifra todo el sentido de este modo de viajar. El texto tiene un arranque más narrativo que ensayístico y en él relata una experiencia fundamental acaecida cuando ya el monte le era familiar y «mantenía con él comunicación amigable». Vemos allí al viajero en una situación bastante común y reiterada en estos escritos: saliendo al campo una tarde y durmiendo la siesta al pie de un mesto. Durante el sueño se produce una revelación tras la cual despierta «adocotriado, preñado mi ánimo de vagas ideas que pedían luz, expresión y libertad»<sup>37</sup>. Todo este relato es el recuento de un merodear ocioso —«Nada tenía que hacer; el tiempo era mío»—, durante el cual observa las mil formas vivas, animales y vegetales, de la Naturaleza, la gran variedad que reviste el deseo de vivir, que concluye con un canto a la Belleza en tanto que verdadero motor o impulso vital en lo que ésta tiene de «eternización de la momentaneidad»<sup>38</sup>.

No recuerdo haber visto convenientemente destacada esta «Estética montesina» de 1902 —la fecha es significativa— que contiene importantes claves para entender la actitud del viajero unamuniano —alpino y excursionista, o no— según veremos enseguida, al abordar los motivos y fines de estas excursiones que he calificado de ejercicios estéticos y espirituales porque Unamuno admite la máxima byroniana según la cual «un paisaje es un estado de conciencia» —pero también, a la vez, un estado de conciencia es un paisaje<sup>39</sup>— y aspira en sus escritos a convertir esa máxima en sello personal inconfundible, lo cual situará al narrador-viajero en el extremo opuesto de los pintoresquistas o descripcionistas:

El descripcionismo es un vicio en literatura y no son los más diestros y fieles en describir un paisaje los que mejor lo sienten, los que llegan a hacer del paisaje un estado de conciencia, según la feliz expresión de lord Byron. Este mismo lord Byron sintió el mar como nadie, y no necesitó largas y prolijas descripciones para comunicarnos su sentimiento. ¿Es que se ha dicho acaso sobre el mar nada más sugerente y profundo que la últimas estrofas del *Child Harold* y, sobre todo, aquellos tres versos de la estrofa 182 del canto IV y último?

Unchangeable save to thy wild waves, play;  
 Time writes no wrinkle on thine azure brow—  
 Such as creation's dawn beheld, thou rollest now.

Esto es: «Incambiable excepto al juego de tus salvajes olas; el tiempo no traza arrugas en tu frente azul; ruedas hoy tal como te vio el alba de la creación»<sup>40</sup>.

36. Aunque sabido es que Unamuno prefería llamarlos *autodíálogos* porque no eran monólogos sino conversaciones consigo mismo, diálogos repartidos con esos otros «yoes» que cada uno lleva dentro, según aclaró en 1930, en el Prólogo a *Agonía del Cristianismo*.

37. En *O.C. IX*, ed. cit., p. 657.

38. *Idem*, p. 661.

39. «Soñando el Peñón de Ifach» (1932), en *Paisajes...* p. 1085.

40. «El sentimiento de la Naturaleza», *Por tierras...*, p. 185.

Por entender de este modo la expresión literaria del paisaje, Unamuno — como Azorín— hablará de la ausencia del mismo en nuestra literatura<sup>41</sup>, aun siendo el paisaje el principal estímulo para la creación artística, verbal o no, porque ciertos paisajes «nos meten al ánimo el ansia tormentosa de decir lo indecible, de dejar en la alada palabra que vuela sonora, y pasa, y se pierde, lo que no pasa ni se pierde: la visión que queda», declara en una ocasión, formulando acto seguido su personal aspiración al deseado sincretismo artístico tan anhelado ya por los románticos: «Decir lo que se ve y decirlo de modo que se vea oyéndolo; ver lo que se oye: he aquí todo el secreto del Arte»<sup>42</sup>. Por ello en sus novelas excepción hecha de *Paz en la guerra*, la ausencia de «color temporal o local»<sup>43</sup> es rasgo destacado, no sólo debido al propósito de darles la mayor intensidad y el mayor carácter dramático posibles (al reducirlas a diálogo y relato de acción y sentimientos) sino por realzar el paisaje literario<sup>44</sup>, que para el autor tenía un valor estético independiente y no una mera función ancilar o decorativa, y por ello a ese elemento lo dotaba de una forma literaria específica: el poema o la relación de viaje.

La unamuniana expresión paisajes del alma debe entenderse en el más hondo sentido espiritual porque ella traduce la convicción del viajero de que el paisaje vivido y sentido —y específicamente aquellos en «que se amamantó nuestro espíritu cuando aún no hablaba»— nos acompaña hasta la muerte y forma «como el meollo, el tuétano de los huesos del alma misma»<sup>45</sup>. Y por ello, esta íntima comunión o lazo indisoluble afectará también al lenguaje y al carácter moral del ser, según veremos más abajo. Las excursiones, por consiguiente, serán ejercicios estéticos y espirituales pero también políticos porque, al cabo, recorrer España de ese modo, conocerla así, desde las cumbres a sus entrañas, acabará siendo requisito o medio para la acción. No será casual que en el texto que venía parafraseando,

41. «... si algún registro falta en la literatura española es el del sentimiento de la naturaleza, el del paisaje. El poeta español canta al hombre, rara vez a la naturaleza. Es lo que da tan singular relieve a Fray Luis de León...» («Música y paisaje» (1900), en *Artículos en «Las Noticias»...*, ed. cit., p. 228).

42. «La torre de Monterrey a la luz de la helada» (1916), *Andanzas...* p. 796. Más reflexiones sobre este tema se hallan en el citado ensayo «Música y paisaje».

43. Prólogo a *Andanzas...*, p. 601.

44. Conocida es la abominación unamuniana de las descripciones, que le parecían «una de las mayores calamidades literarias, y el descripticismo suele ser de ordinario señal clara de decadencia artística. Es, además, cosa de receta, que se aprende con facilidad, escribía en «Ávila de los Caballeros» (art. cit., p. 114). Además, sostenía, «no son los más diestros y fieles en describir un paisaje los que mejor lo sienten», («El sentimiento de la naturaleza» (1909), *Por tierras...*, p. 185). Y ver y sentir el paisaje es requisito imprescindible: cuando un amigo inquiriere cómo se le había ocurrido escribir de las hayas en los términos en que lo había hecho, responde «que *lo había visto* en el bosque mismo, luego de haber leído una obra sobre la evolución orgánica en las plantas. Lo había visto y lo había sentido» («Ciencias y letras» (1901), en UNAMUNO, Miguel de. *Artículos en «Las Noticias» de Barcelona (1899-1902)*. Edición de Adolfo Sotelo. Barcelona: Lumen, 1993, p. 332).

45. «Ciudad, campo, paisajes y recuerdos», *Andanzas...* p. 626.

«Excursión» —y que también puede considerarse como programático o declaratorio—, se refiera a Castelar y a Cánovas en estos términos:

Siempre que oigo del ardiente patriotismo de Castelar, de aquel culto apasionado que profesó a España —¿quién sabe si por eso permaneció célibe, por no distraer ese amor con otro?—, se me ocurre que aquel hombre, aquel gran español, fue uno de los que mejor conocieron de vista su patria, de los que más viajaron por ella. Apenas hay rincón adonde vaya, lugarejo que retenga algo de historia o de leyenda, en que no oiga decir: aquí estuvo Castelar. Apenas hay álbum de esos que se ponen en monumentos y lugares curiosos en que la firma de Castelar no aparece.// Otro hombre que entre nosotros tuvo también esta pasión fue Cánovas. Cuando fui a visitar la antiquísima iglesia de San Pedro de la Nave, a unos veinte kilómetros de Zamora, en la hoz del Esla, lugar desconocido y remoto, me encontré con que había estado allí Cánovas<sup>46</sup>.

Y a continuación formula expresamente ese programa de incuestionable transcendencia o repercusión política al que me refería, convencido de que para conocer una patria y un pueblo no basta conocer su alma y es necesario conocer también su cuerpo; es decir, su suelo, su tierra. Pero para que ese ejercicio resulte eficaz, debe hacerse según un determinado modo y con una definida actitud:

es preciso salirse de las grandes rutas ferroviarias por donde circulan los turistas deportivos, *baedeker* en mano, que no saben dormir, ¡pobrecillos!, sino en cama de hotel, ni saben comer sino con una cualquiera de esas infinitas aguas embotelladas que tienen perdido el estómago a todos los tontos, y una comida internacional, que es la peor de las comidas. Para estos desgraciados, unas horas de diligencia, de carro, a caballo, en burro y nada digo a pie, son el peor tormento. Esos pobres jamás conocerán el mundo.

El fundamental texto «Frente a los Negrillos» (1915) contiene lo esencial del ideario del viaje al servicio o en función de una acción política (o, si se prefiere, patriótica) atendiendo a las tres caras de esa pirámide esencial que componen país, paisaje y paisanaje, ya que «la primera honda lección de patriotismo se recibe cuando se logra cobrar conciencia clara y arraigada del paisaje de la Patria, después de haberlo hecho estado de conciencia, reflexionar sobre éste y elevarlo a idea»<sup>47</sup>. Por consiguiente, para Unamuno el viaje obedece a un designio concreto: sentir, conocer, querer y obrar. Ya desde sus tempranas aventuras andariegas cobró plena conciencia de cuanto le aportaba la experiencia del viaje (y admitamos que el primero, el que lo alejó del seno o claustro materno-nativo, de la patria-patria, fue el fundamental): pasar de lo sentimental a lo sensitivo, del amar al querer, noción, esta última, clave en el pensamiento unamuniano<sup>48</sup>.

46. *Idem*, p. 122.

47. «Frente a los Negrillos» (1915), en *Andanzas...*, pp. 736-737.

48. Si «Yo ser» son los dos puntos de referencia ineludibles en cualquier síntesis de Unamuno, recordemos que este ser ontológico, existencial y personal a un tiempo, tiene unas derivaciones que Luciano Egido establece así: «Ser para Unamuno es tener ser y tener ser es existir y existir es obrar y querer». Y cita

... a las sensaciones que experimentara al darme cuenta de que me alejaba de mi patria más chica, de la sensitiva, uníase el sentimiento de dejar mi patria chica, la sentimental, y aun más que sentimental, imaginativa; aquella Euscalerría o Vasconia que me habían enseñado a amar mis lecturas de los escritores de la tierra. Y digo amar, subrayándolo, porque a ese país vasco lo amaba entonces, mientras que a Bilbao le quería, y si hoy quiero, en parte, a aquél, es por haberlo recorrido, también en parte; por haberlo visto y tocado, y hecho sensitivo lo que era sentimental<sup>49</sup>.

Viajar será la tarea o el deber del hombre de acción pero también un beneficioso y fecundo ejercicio para el hombre contemplativo, pues, invirtiendo el sentido de la expresión acuñada en el acerbo común, del «dicho decidero popular» vivir para ver, defenderá el ver para vivir —«Vivir para ver, sí, pero también ver para vivir»—, reconociéndose en otra de sus numerosas dualidades<sup>50</sup>. Y por supuesto, el ser viviente incluye al pensador. Y a este hombre le hubiera resultado imposible vivir su pensamiento —y por tanto ser yo o *serse*— sin haber participado de esas visiones y andanzas por las tierras de España:

¿cómo podría vivir una vida que merezca vivirse, cómo podría sentir el ritmo vital de mi pensamiento si no me escapara así que puedo de la ciudad, a correr por campos y lugares, a comer de lo que comen los pastores, a dormir en cama de pueblo o sobre la santa tierra si se terciá? A sacudir, en fin, el polvo de mi biblioteca. Si yo fuera el hombre de libros que me creen los que no me conocen; si yo no anduviera de un sitio a otro, hablando con todo el mundo; si el sol no me hubiese mudado muchas veces la piel de la cara, ¿creéis que podría conservar esta caudal de pasión de que a las veces se vierte, dicen, en injusticia? No, no ha sido en libros, no ha sido en literatos donde he aprendido a querer a mi patria: ha sido recorriéndola, ha sido visitando devotamente sus rincones. // En todo país

---

como fundamento de su ecuación la carta remitida por el autor a su amigo J. Chevalier el 8 de diciembre de 1921, en que dice: «esto de *serse* es una expresión muy española. Por supuesto *esse* no equivale a *existere*. «Cogito, ergo sum», ¡bien!, pero «operior» (o acaso «volo»), ergo *existo*» (*Op. cit.*, p. 199). En este sentido, recuérdese lo que Unamuno pensaba de nuestra diferenciación verbal entre el ser y el estar: «¡Estar! Este maravilloso y entrañable verbo estar, intraducible y casi privativo del romance castellano. «Padre Nuestro que estás...», rezamos. No que es, sino que está. Su esencia existencial es estado; estado eterno. Se está y en El nos estamos. Sin más que estar; casi sin ser.» («En la Plaza Mayor de Salamanca» (1932), *Paisajes...*, p. 1032).

49. Prólogo a *De mi país*, en *OCL*, ed. cit., p. 91.

50. «El hombre de acción y de contemplación se me desdoblán. Como hombre de acción peleo en este rincón de España, y con mi arma, que es la pluma, por agregar el espíritu de mi patria al espíritu que pelea en el hogar de la civilidad europea por la liberación de la personalidad de los pueblos, y peleando así me enardezco y me apasiono, y siento conciencia de vivir en la historia. Pero como hombre contemplativo me pierdo en la confusión de los sucesos que turban y hasta borran la líneas del hecho solemne que se va desarrollando al fragor y al fulgor de las batallas. Cada día deseo el día siguiente, a ver qué es lo que nos dicen los diarios. Y casi todos los que tenemos conciencia civil histórica, los que somos más que menos consumidores económicos, vivimos una vida de expectativa.» («Vivir para ver!» (1917), en *Inquietudes y meditaciones*, p. 625).

deberían preocuparse los que lo rigen y conducen de que sus hijos lo conocieran de visión y de contacto<sup>51</sup>.

Porque peregrinajes o ejercicios son el medio excelente para alcanzar ese consuelo —o sosiego<sup>52</sup>—, del que hablaba antes en tanto que en esos parajes terminales o recónditos o alpinos vivirá y sentirá «la inmovilidad en medio de las mudanzas, la eternidad debajo del tiempo» creyendo tocar «el fondo del mar de la vida»<sup>53</sup>. No creo necesario redundar en lo que una experiencia de tal signo tiene de trascendente para el Unamuno agónico que todos conocemos, porque sólo en ese silencio de las cumbres es posible el soliloquio interior, el examen de conciencia, volviendo la vista espiritual de las cumbres de la montaña a las cumbres de su alma: «el sol de la cumbre nos ilumina los más escondidos repliegues del corazón»<sup>54</sup>. Un estado que es condición *sine qua non* para dialogar con los otros hombres, sus prójimos<sup>55</sup>, a la vez que exigencia para también encontrarse y dialogar con los otros «yoes» que se han ido dejando en las encrucijadas del camino de la vida<sup>56</sup>, o bien de alguno de los que efectivamente se llegó a ser, como cuando, desterrado en París, busca al joven que anduvo por allí en 1889; en la Hendaya del autoexilio, al niño y joven de su infancia y mocedad vascas; y en el Madrid de 1932 callejea evocando al estudiante universitario recién llegado a la capital.

Recogerse una temporada, sí, y callar, callar, envolviéndose como en mortaja de resurrección en el silencio, pero no por mezquinos móviles de defensa y de ataque, no, sino a busca de alguno de nuestros otros «yoes», de alguno de aquellos que he ido dejando en las encrucijadas de la vida<sup>57</sup>.

51. «Excursión», art. cit., pp. 125–126.

52. Luciano Egido ha glosado también maravillosamente el sentido de ese término en Unamuno, a propósito del verso «duerme el sosiego» de la «Oda a Salamanca», de modo que no me parece necesario extenderme en él. Remito a las pp. 166–172 del citado ensayo

53. «El silencio de la cima» (1911), en *Andanzas...*, p. 622.

54. *Idem*, p. 616.

55. «¿Creéis acaso que dos hombres puedan de veras entenderse, no digo ya comprenderse, cuando se hablan entre el rumor, que de todas partes le llega de la muchedumbre, entre el zumbido del enjambre humano atareado o alborotado? ¿Creéis que puedan acaso llegar a comunión dos almas cuando las rodea el eco del mar humano? En la ciudad cabe hablar de negocios, de política candente, de sociología, de modas; pero ¿de las cosas eternas? (Ahora, en este momento, mientras escribo esto, me llega al oído el grito de un vendedor ambulante que pregona su mercancía, y no es posible que este grito no se cuele, de un modo o de otro, en lo que voy escribiendo.) // ¡Vivir unos días en el silencio y del silencio nosotros, los que de ordinario vivimos en el barullo y del barullo! Parecía que oíamos todo lo que la tierra calla, mientras nosotros, sus hijos, damos voces para aturdirnos con ellas y no oír la voz del silencio divino. Porque los hombres gritan para no oírse, para no oírse cada uno a sí mismo; para no oírse los unos a los otros». («El silencio de la cima», art.cit., p. 616).

56. *Idem*, p. 618.

57. *Idem*, pp. 617–618.

Por eso en el viajero-alpinista encontramos otra de esas parejas de términos o conceptos indisolublemente ligados en el pensamiento del autor, si bien en este caso no estamos ante un maridaje de opósitos ni hay paradoja alguna. Ambos términos, *Ascensión* y *Asunción*, en el artículo homónimo de 1932, contienen el núcleo o cifran la clave de esta singular experiencia de inequívoca raíz panteísta que transforma las excursiones del viajero en piadosas o fervorosas peregrinaciones:

Horas divinas en que en la cumbre de una montaña rocosa, al pie de un aliso, junto a un arroyo claro, en medio del páramo, en un rincón de costa, sobre la madre tierra y bajo el padre cielo se encuentra uno, uno y unido, y hasta único. Y se siente uno todos los que uno es. Se siente uno hijo, hijo del mismo cielo y de la misma tierra, y todos los que uno es se sienten hermanos, y se siente una hermandad, y unidad. Y descansa<sup>58</sup>.

La referencia constante, por no decir el modelo de nuestro viajero, la encontramos en «aquella excursión por los abismáticos y desiertos páramos del alma humana»<sup>59</sup> que en 1804 dio a la luz Sénancour: esa insondable monodía que es la novela *Obermann*, a la que Unamuno volvía una y otra vez, desde la edad juvenil hasta su senectud como bien se advierte en este texto recién citado y que está fechado, ¡nada menos!, a 19 de julio de 1936. En el libro protagonizado por el desdichado y oscuro héroe romántico, se le revelará a Unamuno «toda la tragedia de la montaña» y en el reino del silencio que halla en la Peña de Francia sentirá una honda tristeza y, como *Obermann*, se preguntará por su destino incierto<sup>60</sup>, y como él se preguntará también por cuál debe ser el lenguaje más adecuado para expresar esa permanencia o inmortalidad de la montaña<sup>61</sup> porque para el viajero también las interrelaciones paisaje-lenguaje caen en el ámbito de su meditación, derivadas como lo son de la pareja matriz país-(paisanaje)-lenguaje:

El paisaje es un lenguaje, y el lenguaje es un paisaje. Y en éste el agua es el acento musical. Canta el agua del Manzanares naciente con acento castellano, latino, gótico y morisco, como el del Fuero de Madrid. Canta en este paisaje castellano el agua que, entre sobrios y escuetos arbolillos, baja de los cascos de la Sierra de Guadarrama, de La Pedriza. Y al oírle cantar se le suben a uno de las entrañas de la tierra madre de España ocho siglos que le remozan a quien les oye en el corazón<sup>62</sup>.

Pureza e intensidad de visión —conocimiento— es el balance de tal experiencia, porque en el sosiego que propicia la vida en dichos parajes «cualquier

58. «Ascensión y asunción», en *Inquietudes y meditaciones (1898-1936)*. Recogido en UNAMUNO, Miguel de. *Obras Completas VII. Meditaciones y ensayos espirituales*. Madrid: Escelicer, 1966, p. 679.

59. «Emigraciones» (1936), en *Paisajes del alma*, p. 1111.

60. «El silencio de la cima», art. cit., pp. 620–21.

61. Todo un artículo «El cilibro de la tierra» (1923) dedica el viajero filólogo a esta cuestión (*Paisajes del alma*, pp. 891–893). La idea quedará también formulada en «Las Hurdes» (1913), en *Andanzas...*, p. 702.

62. «Manzanares arriba, o las dos barajas» [1932], *Paisajes del alma*, p. 972.

accidente cobra relieve»<sup>63</sup>. Y por ello para nuestro viajero, como para Leopardi, cumbre o montaña o cima significan *In-tracción* e *In-versión*, neologismos que el narrador forja como antónimos de las comunes dis-tracción y di-versión:

¿Distracciones? ¿Diversiones? ¡No; a Dios gracias, no! Ni dis-tracción, ni di-versión, sino más bien in-tracción e in-versión. Al perderse así en aquel ámbito de aire hay que meterse en sí mismos. Pero en lo mejor de sí. Meditar, esto es, vagabundear con el espíritu por los campos de lo indefinido, mientras se contempla aquellas negras masas...

Es un verdadero asalto intelectual a la cumbres el que Unamuno nos ha legado en extensas y hondas meditaciones que indagan, por ejemplo, en el modo en que el espacio montaña influye en el carácter de los hombres que la habitan —siguiendo el habitual determinismo de la época, asimismo reiterado a propósito de otras cuestiones<sup>64</sup>—, achicándolos porque éstos se agazapan a vivir al pie de ella, o en sus rinconadas y repliegues<sup>65</sup>, y por ello considerará hombre bravo al montañés, «pero de una bravura defensiva», pues ama su independencia, pero ésta es negativa, defensiva: «Los grandes conquistadores se formaron en la llanura; fueron hombres del llano aquí, en España, extremeños», agregará líneas después. Sin duda, todas estas reflexiones o meditaciones del viajero están muy próximas a la antropología cultural e incluso a la antropología del espacio, en el sentido que le dio Julio Caro Baroja<sup>66</sup>, porque el enfoque del análisis hace hincapié en la relación entre el carácter formal o físico del espacio habitado y el carácter moral de sus habitantes. Y por eso en el París del destierro, aturdido y extrañado, se pregunta: «¿Habría podido hacerse mi espíritu en este ámbito? Se habría hecho, pero no el que es» se contesta, desarrollando a continuación el tema<sup>67</sup>.

Pero hay además otros aspectos muy interesantes por cuanto tienen de novedad y originalidad en estas páginas donde Unamuno niega la importancia de la altura medida geoméricamente (porque la verdadera altura la da la relación que una

63. «En la Peña de Francia», art. cit., p. 713.

64. Si bien Unamuno piensa que la influencia medio-hombre (paisaje-paisanaje) es recíproca (véase «La primera condición para un trabajo verdaderamente libre» (1896), en *O.C. IX. Discursos y artículos*. Madrid: Escelicer, 1966, p. 622-23), en su caso admite que «si tuviese que vivir yo en un país tropical, donde fuese pan nuestro de cada día este calor aquí excepcional, acabaría por escribir rimas mucilaginosas e inarticuladas mientras me dejaba mecer en una hamaca». («Divagaciones de estío», *Soliloquios y conversaciones*. Madrid: Espasa-Calpe («Austral», 286»), 1968 (6ª ed.), p. 48).

65. «La montaña achica al hombre, porque se agazapa a vivir a su pie o en sus rinconadas y repliegues. Sólo se engrandece cuando pisa su cumbre, Pero, ¿qué montañés gusta de subir a ella? El montañés no es hombre de las cumbres, sino el hombre de los repliegues del pie de la montaña; no es el que domina a ésta, sino el que es dominado por ella». («Al pie del Maladeta» (1919), en *Andanzas...*, pp. 800-1).

66. Véase el prólogo a *Paisajes y ciudades*. Madrid: Taurus, 1984, donde Caro Baroja expone los rasgos de esa disciplina, cuyos primeros pasos data el autor a mediados del siglo xx.

67. «Soñadero feliz de mi costumbre» (1924). En *Paisajes del alma*, p. 942.

montaña mantiene con su entorno<sup>68</sup>); trata de la naturaleza de la soledad allí alcanzada<sup>69</sup>; o compara montañas y llanuras, montaña y mar, y cumbre y páramo<sup>70</sup>, ya que esos otros parajes atraen a nuestro viajero tanto como las sierras o las cadenas de montañas, y le proporcionan similares goces y deleites, dado que todos los paisajes, como todos los lenguajes, son apaciguadores y hermosos<sup>71</sup>. La confesada devoción obermanniana o leopardiana que profesa no le impide disfrutar de llanuras, costas o páramos, porque las experiencias y vivencias de las unas completan las de las otras. Y así, al temor que le expresa un amigo de que vaya a juzgar la isla entera de Mallorca a partir de la llanura donde se hallaba descansando, responde con mensaje tranquilizador:

Ignoran que las llanuras me encantan tanto como las montañas, y que si éstas me tientan a treparlas para descubrir desde su cumbre más amplios horizontes, gozo de éstos sosegadamente desde el llano. Y que es hermoso aquí ver ponerse el Sol tras de la sierra del Norte, la más elevada de la isla, que se alza allá a lo lejos, destacándose sobre las verdes ondulaciones del terreno<sup>72</sup>.

Significativa es, en ese sentido, la homologación llanura-mar debido al carácter estático de ambos<sup>73</sup>, o que hable de «piélago de tierra»<sup>74</sup> para referirse a los parameros extremeños. Blanco Aguinaga ha estudiado magníficamente la metáfora marina en la construcción del concepto de intrahistoria expresado en *En torno al casticismo*, y también las posteriores dimensiones simbólicas del mar en otros

68. «... el efecto y la sensación que las montañas nos producen no crece, ni con mucho, a medida de su altura. [...] Y de aquí que no sean las montañas más elevadas del mundo las que producen efectos más emocionantes a los que suben a unas y otras. Son muchos lo que prefieren los Pirineos a los Alpes y los Alpes a otras cordilleras más altas.» («Ciudad, campo, paisajes y recuerdos», art. cit., p. 631).

69. «Paisajes del alma» (1918), en *Paisajes del alma*, p. 853.

70. Posiblemente el texto que ofrece la más completa reflexión comparatista sobre estos espacios sea el citado «Ciudad, campo, paisajes y recuerdos», aunque tal enfoque es frecuente en otros escritos: «El mar nos da más la impresión de la grandeza que las más formidable catarata. La llanura, como el mar, es estática; la montaña, como la catarata, dinámica» («Al pie del Maladeta», art. cit., p. 803). Y sí «terrible como Dios silencioso» le parecía la soledad de la cumbre, mucho más terrible juzga la del páramo, según expresa en una de las más bellas de sus prosas: «Terrible como Dios silencioso es la soledad de la cumbre, pero es más terrible la soledad del páramo. Porque el páramo no puede contemplar a sus pies arroyos y árboles y colinas. El páramo no puede, como puede la cumbre, mirar más que al cielo. Y la más trágica crucifixión del alma es cuando, tendida, horizontal, yacente, queda clavada al suelo y no puede apacentar sus ojos más que en el implacable azul del cielo desnudo o en el gris tormentoso de las nubes. Al Cristo, al crucificarlo en el árbol de la redención, lo irguieron derecho, de pie, sobre el suelo, y pudo con su mirada aguileña y leonina a la vez abarcar el cielo y la tierra, ver el azul supremo, la blancura de las cumbres y el verdor de los valles. ¡Pero el alma clavada a tierra...! Y ninguna otra sin embargo, ve más cielo.» («Paisajes del alma», art. cit., p. 853).

71. «Ascensión y Asunción», art. cit., p. 679.

72. «En la calma de Mallorca» (1916), art. cit., pp. 762-763.

73. «Al pie del Maladeta» (1914), art. cit., p. 803.

74. En el poema «En Gredos».

textos del Unamuno contemplativo<sup>75</sup>, pero no dice nada de otros valores puramente externos, más objetivos o históricos, del espacio mar, que a Unamuno le parece un elemento civilizador de primer orden (fueron los pueblos marineros y comerciantes los que al par que transportaron mercancías trajinaron ideas<sup>76</sup>) y que originó uno de los dos tipos humanos básicos que conforman la pareja antitética comerciante-pastor. La idea había sido planteada ya en las páginas finales de *Paz en la guerra* (1897) y a ella vuelve en más de un texto<sup>77</sup>, incluido ese himno de 1934 que es el artículo «Desde la Magdalena de Santander», perteneciente a *Paisajes del alma*.

Unamuno es igual de pródigo al referirse a otros espacios naturales como las sierras, que le parecen tronos y altares porque se levantan «como bastiones contra el cielo»<sup>78</sup>. Y entre ellas emergen, sobre todas, las de Gredos y Guadarrama, otras dos grandes metáforas del pensador. De hecho, parece haber sido la visión de las cumbres de Gredos desde la Peña de Francia —otro de los destinos preferidos por nuestro viajero<sup>79</sup>— la que inspiró esa imagen, ya que en 1913, escribiera:

Allá lejos, tras la enorme parva del Calvitero, asoman los dientes de la sierra de Gredos, cual mordiendo al cielo. Y recuerdo aquellos versos del estupendo soneto de García Tassara, los que dicen:

Cumbres del Guadarrama y de Fuentefría,  
 columnas de la tierra castellana...

Columnas, sí, pero truncas. ¿Qué sostienen? ¿Acaso el cielo? ¿O no son más bien lo que nos resta de un vasto templo que cobijó a un dios, hoy muerto, en algún tiempo? ¿O no son torres babélicas de la naturaleza de cuando ésta quiso escalar el cielo? Aquí, bajo mis pies, dentro de esta Peña de Francia, ¿no sufre y espera algún Encelado, algún titán preso? Todo este reposo, ¿no está preñado acaso de inquietudes? ¿No es éste el punto de equilibrio en que se encuentran enormes fuerzas que se contrapesan?<sup>80</sup>.

75. BLANCO AGUINAGA, Carlos. *El Unamuno contemplativo*. Barcelona: Laia, 1975, pp. 186–314.

76. Véase «Salamanca» (1914), en *Andanzas...*, pp. 725–726.

77. Junto al mar, en pueblos costeros de Portugal y España, pasaba Unamuno largas temporadas. Destacan, además de los años de infancia y juventud, y los estivales retornos a la patria chica, el verano de 1916, que transcurre en Mallorca y del que surge la extensa serie de relatos recogidos en *Andanzas y visiones españolas*, y el periodo del destierro en Fuerteventura.

78. «Castillos y Palacios» (1931), en *Paisajes...*, p. 948.

79. Justamente uno de los mencionados textos programáticos, «El silencio de la cima» (*Andanzas...*), surgió a raíz de dos días de descanso que pasó allí en agosto de 1911. En setiembre de 1913 vuelve allí nuestro viajero tras la excursión de cinco días por las Hurdes, porque «Para descansar de las visiones de miserias de los barrancos hurdanos, para digerirlas más bien, ¿qué mejor sino la cumbre de la Peña de Francia, al abrigo del venerado santuario? Allá arriba, pues, ascendiendo paso a paso y huelgo a huelgo el pedregoso sendero; allá arriba, a hacer provisión de sol y de aire y de reposo» («En la Peña de Francia», art. cit., p. 712). Y todavía en 1934, volverá con su hijo mayor y unos amigos a esos parajes, según relata en «¿Qué bien se está en las Batuecas!» (*Mi vida y otros recuerdos personales*. Recopilación y prólogo de Manuel García Blanco. Buenos Aires: Losada, 1959, vol II, pp. 196–198).

80. «En la Peña de Francia», *Andanzas...*, p. 716.

Ya la primera de sus correrías por las faldas de Gredos, en 1909, le dejará una impresión imborrable, según revela en «Excursión», donde detalla el itinerario seguido: Béjar, El Barco de Ávila, Piedrahita, hasta ir a descansar en Arenas de San Pedro, al pie de los picos de Gredos<sup>81</sup>, que para él es el «espinazo de Iberia», como la llama repetidas veces al hallarse en sus estribaciones, en la soledad de Yuste<sup>82</sup>, desde donde le inspiró el poema «En Gredos», incluido en *Visiones rítmicas* y en la primera edición de *Andanzas y visiones españolas* (1922), además de algunas de las ideas sobre la montaña que acabo de exponer. Ahora bien, la más completa relación de esa experiencia se halla en «De vuelta de la cumbre» (1911), texto glosado ya ampliamente en estas páginas, pero del que aún destacaré un par de aspectos: la encendida incitación que dirige a sus lectores (sudamericanos)<sup>83</sup>, y la pena que el narrador siente por que sus meditaciones no vayan acompañadas de un reportaje o ilustración gráfica<sup>84</sup>.

Gredos, la Sierra matriz de Castilla, es imagen permanente de Unamuno, que podía verla incluso desde el aula de la universidad salmantina donde impartía sus clases<sup>85</sup> y desde luego en sus cotidianos paseos «carretera de Zamora arriba [mientras] unguía mi vista con la visión eterna de la nevada cumbre...»<sup>86</sup>. Por eso, aparte del mencionado *matriz*, a Gredos aparece vinculado otro concepto sustancial del pensamiento y de la obra de don Miguel de Unamuno: eternidad, su tentación o su nostalgia más permanente, y también su angustia:

¡Visión eterna la de Gredos! Eterna, sí; y no porque haya de durar por siempre —¿la llevaré conmigo bajo tierra cuando me arrope para el sueño final en ella?—, sino porque está fuera del tiempo, fuera del pasado y del futuro, en el presente

81. En *Por tierras de Portugal y de España*, pp. 122–123.

82. Así, al evocar un viaje de 1911 en «Al pie del Maladeta», *Andanzas...*, p. 803 y en «Camino de Yuste» (1920), *Andanzas...*, p. 812.

83. «Vives acaso, lector mío, en un tráfigo mundano, entre negocios o entre diversiones. Escápate cuando puedas a la cumbre, ve a pasar unos días al pie del Aconcagua, donde más alto puedas. Deja de pisar el asfalto de los bulevares. Aprende a desdenar eso que llamamos civilización, y que rara vez es tal, y a extraer de ella lo que de cultura encierre. Deja la civilización con el ferrocarril, el telégrafo, el teléfono, el *water-closet*, y llévate la cultura en el alma. La civilización no es más que una cáscara para proteger las pulpas, el meollo, que es la cultura. Todo ese formidable aparato de invenciones mecánicas acaba en producir una poesía. Cuando haya surgido el poema de la ingeniería moderna puede muy bien hundirse ésta». («De vuelta de la cumbre» (1911), *Andanzas...*, p. 613).

84. «Figúrate, lector, que esta divagación fuese ilustrada con vistas de Gredos, la subida por la barranca, un ventisquero, el pico de Almanzor, el Ameal de Pablo, la choza de un pastor, la laguna vista desde arriba, etc. ¡Cuánto no ganaría esto para los que quieren cosas! Y el recurso es excelente» (*Idem*, p. 614).

85. «Por la mañana, a mis horas de clase, desde la gran ventana abierta de la grande aula en que acaso traducía a Platón mientras tomaba el sol, el mismo sol que iluminó su frente, podía ver a los lejos [...], como un enorme oleaje de la llanada que quiere trepar al cielo, estribaciones de la Sierra matriz de Castilla», evocará desde el exilio parisino (de ahí esa tercera persona insinuada) en «¡Montaña, desierto mar!» (1924), de *Paisajes del alma*, p. 937.

86. *Idem*, p. 937.

inmóvil, en la eternidad viva. ¡Visión eterna la de Gredos! [...] Y me acuerdo de Gredos. Y siento la morriña de la eternidad, de lo que dura por debajo de la historia, de lo que no vive sino que vivifica. Porque Gredos es lo eterno...<sup>87</sup>

Puede ser el viaje, como tal viaje, muy distinto<sup>88</sup>, pero ello no alterará la visión. Y no es casual que el narrador borde el depurado texto «La España que permanece» (1923) —subtitulado «Intermedio lírico»— sobre el cañamazo que la imagen de la riscosa cumbre, columna dorsal de Castilla, le proporciona: «Volví a gustar la permanencia de las montañas. Y volví a sentir lo que es la España que permanece, la que queda por encima y por debajo de la que pasa»<sup>89</sup>. Muy bien conforma Gredos otra gran metáfora de Unamuno, como el Guadarrama, si bien mientras que Gredos encarna la faz natural del paisaje, en el Guadarrama el viajero expresa la faceta histórica del mismo, pues para Unamuno el paisaje condensa o contiene una realidad dual o jánica, de dos caras: Naturaleza e Historia, o historia natural e historia humana<sup>90</sup>. Son «las dos barajas de Dios» de las que habla cuando marcha Manzanares arriba y escribe:

Así nos hablan La Pedriza de Guadarrama, los pedregales de la Sierra castellana, los castillos caballerescos, las serranillas del Manzanares, los balbuceos del Fuero del Concejo de Madrid; así nos hablan el paisaje y el lenguaje castellanos, naturales y nacionales, Después se oye la voz de Iñigo de Loyola, la de Don Quijote, y el rasgueo de la pluma de águila enjaulada de Felipe II. Lo que nos enseña, re—creándonos —y nos re—crea enseñándonos a ser hombres—, el contemplar la Naturaleza como historia y la historia como Naturaleza, el paisaje como lenguaje y el lenguaje como paisaje, las pedrizas como castillos y los castillos como pedrizas, y sentir cómo Dios, el Supremo Solitario y Hacedor, juega a sus solitarios con las dos barajas, la natural y la racional, barajustándolas y desbarajustándolas arreo<sup>91</sup>.

Junto a las sierras, los llanos o llanuras —sean fértiles como las del Norte natal o yermas e inmensas, como la manchega—, son otros espacios de soledad fecunda

87. *Idem*, pp. 937–938.

88. Así, por ejemplo, contrastará los cambios entre la subida realizada en 1911 y la nueva excursión de 1923: «He vuelto a vivir aquel mundo cumbreño. ¿El mismo? // ¡El mismo... no! Hay cambios en las cumbres. Hace doce años, para subir al Almanzor, tuve que atravesar un enorme ventisquero, un precipicio de nieve helada; ahora fui por aquel mismo paraje, casi saltando, a las veces gateando, de peñasco en peñasco. Había mucha menos nieve en las alturas. ¿Es que la frescura ha bajado a los llanos? Hace doce años apenas si quedaba más que una docena de cabras monteses; ahora, después que se ha hecho aquello coto real de caza, se veda ésta, y, sobre todo, se ha hecho guardias a los que las cazaban, se ven rebaños de esos animales. [...] Hace doce años acampamos a cielo raso, bajo el artesonado celeste de las estrellas, y ahora tuvimos los excelentes refugios que ha levantado allí, en lo alto, la Empresa de Turismo del pueblo de Bohoyo. Apenas hay pueblo del llano que tenga una posada así, ni con mucho. («La España que permanece» (1923), en *Paisajes del alma*, pp. 1013-14).

89. *Idem*, p. 1014.

90. Formará parte de un futuro trabajo sobre estas facetas del Unamuno viajero, el estudio del perfil que presenta como romero de la inmortalidad o peregrino que sueña la Historia.

91. «Manzanares arriba o las dos barajas de Dios», art. cit., pp. 972-3.

porque también en ellos el viajero atesora visiones españolas y porque son «reposadero y a la par acicate para el ánimo», no en vano de ellas surgieron nuestros descubridores o ese gran soñador que fue Don Quijote. Al atravesar la Mancha en 1932, escribe:

Llano que nos convida a lanzarnos al horizonte, que se nos pierde de vista según se gana, que no se pierde en el cielo; que nos llama al más allá. Y es que el horizonte terrestre se funde con el celeste y se aúnan. Porque horizonte, la palabra griega, vale por definiente, limitante o lindante, es la línea lindera y lo es de cielo y tierra. Un lindero tanto une como separa dos términos. Y en la Mancha el lindero es común. La tierra, sembrada en grandísima parte de viñas que recogen luz —más que calor— solar para hacer dulzor que se cuece, el jugo que será consuelo en el sueño de la vida. Uvas, y luego vino, morados, de este color a la moda neorrepublicana, color al margen del arco iris, mestizo e impuro, que ni se distingue bien y que pronto se desvae y se vuelve lila y al cabo se destiñe del todo. Y que es muy discutible que sea el color castellano comunero<sup>92</sup>.

Como para Nietzsche, a quien recuerda en esta ocasión, cualquier espacio vacío, incluida una calle o una plaza urbana solitaria<sup>93</sup>, le parece idóneo para propiciar el ensanchamiento o acrecentamiento de nuestra alma, y así también el yermo se convierte en espacio para soñar. Ahora bien, de todos ellos, al más extremo, al páramo —tierra asentada y sedimentada—, es al que Unamuno dedicó un mayor número de encendidas referencias, empezando por el elogio de su desnuda belleza,

a mí me produce una más honda y más fuerte impresión estética la contemplación del páramo, sobre todo a la hora de la puesta del sol, cuando lo enciende el ocaso, que uno de esos vallecitos verdes que parecen de cartón. Pero en el paisaje ocurre lo que en la arquitectura: el desnudo es lo último de que se llega a gozar. [...] El desnudo necesita siempre tiempo, mientras la hojarasca impresiona desde luego, aunque luego esa impresión vaya amortiguándose<sup>94</sup>.

inspiradora de una poesía áspera, profética, jeremiaca y apocalíptica, como la que él percibe en los libros de Julio Senador<sup>95</sup>,

Allá, en aquella línea derecha, que corona esos calizos escarpes, empieza el páramo; el terrible páramo, el que se ve, como un mar trágico y petrificado, desde la calva cima del Cristo del Otero. ¡El páramo! En él se ha vendido una hectárea de terreno

92. «Dos lugares, dos ciudades» (1932), *Paisajes del alma*, p. 1035.

93. «Callejeo por la del Sacramento» (1932), *Paisajes del alma*, pp. 956-957.

94. «En el Escorial» (1912), *Andanzas...*, pp. 644-5.

95. *Castilla, en escombros, La ciudad castellana y La canción del Duero* son los tres libros del notario de Frómista, don Julio Senador Gómez, a los que el viajero se refiere en diversas ocasiones, glosando o citando de vez en cuando algún fragmento, de modo que quizás fuera necesario comprobar posibles influencias, pero es algo que, de momento, postpongo. Las referencias a Senador se encuentran en *Andanzas y visiones españolas* (ed. cit., pp. 823 y 827) y en *Paisajes del alma* (ed. cit., pp. 1039, 1048 y 1098).

por seis duros —¡treinta pesetas!—, y para aprovechar no más que una cosecha. El milagro de Sara, la mujer de Abraham. ¡El páramo!, Y ¡qué áspera poesía la que inspira! [...] Al borde del desierto han brotado los más jugosos, los más fuertes cantos de la eternidad del alma. Ni hay agua como el agua profunda, soterraña, del desierto<sup>96</sup>.

siguiendo por la soberbia vivisección de su soledad —en un enfoque casi antropomórfico y pleno de reminiscencias bíblicas—, más terrible que la de la cumbre «porque el páramo no puede contemplar a sus pies arroyos y árboles y colinas [...], no puede mirar más que al cielo. Y la más trágica crucifixión del alma es cuando, tendida, horizontal, yacente, queda clavada al suelo y no puede apacentar sus ojos más que en el implacable azul desnudo o en el gris tormentoso de las nubes»<sup>97</sup>. En 1932, yendo de Medina de Rioseco a Palencia, al atravesar de nuevo el páramo, volverá a glosar su «dolorosa soledad serena»<sup>98</sup>. Penetrar así la honda dimensión del páramo legitima al viajero para cuestionar la supuesta y tópica «adustez» y «ceñudez» que se arguyen para descalificar estéticamente ese espacio, en el que él descubrirá también un lenguaje propio. Lo estudio con más detalle en el trabajo mencionado en la nota 90, pero quisiera ahora al menos llamar la atención sobre él porque no me parece haberlo visto convenientemente destacado en los estudios sobre el autor, a pesar de haberle inspirado a Unamuno poemas tan notables como «El Cristo yacente de Santa Clara», cuyos versos finales («Porque este Cristo de mi tierra es tierra, / carne que no palpita, / tierra, tierra, tierra; / mojama recostrada con la sangre, / tierra, tierra, tierra, tierra...») posiblemente no puedan explicarse de forma adecuada sin considerar que el poeta acababa de empaparse de la contemplación del páramo palentino. El poema había impresionado profundamente a don Antonio Machado, a quien le parece una soberbia composición «que encierra tanta belleza y tanta verdad»<sup>99</sup>. Y no olvidemos que fue la dureza de estos versos lo que llevó a Unamuno dos años más tarde a emprender la composición de su más humano poema, *El Cristo de Velázquez*<sup>100</sup>. Recordemos también los versos referidos a la recia paramera de Extremadura de «En Gredos» (1911), que el poeta sevillano se sabía de memoria<sup>101</sup>.

Del piélagos de tierra que entre brumas  
 tiende a tus pies, aquí, sus parameros,

96. «En Palencia» (1912), *Andanzas...*, p. 823.

97. «Paisajes del alma», art. cit., p. 853.

98. «Jueves Santo en Rioseco» (1932), *Paisajes...*, p. 1029.

99. MACHADO, Antonio. *Poesía y Prosa III. Prosas completas (1893-1936)*. Edición crítica de Oreste Macrí. Madrid: Espasa-Calpe-Fundación Antonio Machado («Clásicos Castellanos, 13»), 1989, p. 1533.

100. Nuevamente se referirá don Antonio Machado a esos poemas en carta a Unamuno fechada en Baez, 16-1-1915: «Ya aguardo con impaciencia su nuevo tomo de poesías, con el poema *Cristo de Velázquez*, cuyos soberbios fragmentos conozco, y tantas otras composiciones soberanas...» (*Op. cit.*, p. 1572).

101. Así se lo escribe Antonio Machado en otra carta de 1922 (*Opus cit.*, p. 1630).

con leras por espumas,  
volaron del Dorado a la conquista  
buitres aventureros

En el «imaginario» unamuniano, el páramo —apenas catalogado en los habituales repertorios de simbología o topoanálisis del espacio—, me parece medular. Es más, creo que la aspiración del viajero a cantar y contar España desde una visión otra se cumple magníficamente ante este paisaje, tanto como ante la cumbres (pero en este caso había muchos registros previos, aunque fueran de otras literaturas como el ya citado de Sénancourt) o los ríos, a los que Blanco Aguinaga sí ha prestado amplia atención. Y dado que en general coincido con su análisis, pasaré más rápido por estos escenarios de las visiones y andanzas unamunianas —reflejados en textos como «Fantasía de verano» (1911), un relato de forma epistolar en que se narra las delicias del ocio estival junto al rumor de un río, de *Meditaciones e inquietudes*; «Junto a las Rías Bajas de Galicia» (1912), de *Andanzas y Visiones españolas*; «Divagación sobre el canto del arroyo» (1914) y el muy interesante «Caorzos» (1924), de *Monodialogos*; «Orillas del Manzanares» (1932), «Manzanares arriba» (1932) y «Por el alto Duero» (1933), de *Paisajes del alma*; o «El Bidasoa», de *Autobiografía y recuerdos personales*—, en los que el agua simboliza la conciencia del paisaje y que despertaron uno de los más vivos deseos del viajero:

Un río es algo que tiene una fuerte y marcada personalidad, es algo con fisonomía y vida propias. Uno de mis más vivos deseos es el de seguir el curso de nuestros grandes ríos, el Duero, el Miño, el Tajo, el Guadiana, el Guadalquivir, el Ebro. Se les siente vivir. Cogerlos desde su más tierna infancia, desde su cuna, desde la fuente de su más largo brazo, y seguirlos por caídas y rompientes, por angosturas y hoces, por vegas y riberas. La vena de agua es para ellos algo así como la conciencia para nosotros, unas veces agitada y espumosa, otras alojada de cieno, turbia y opaca, otras cristalina y clara, rumorosa a trechos. El agua es, en efecto, la conciencia del paisaje; en el agua, cuando queda quieta y serena, se reflejan los árboles y las rocas, en el agua se ven como en espejo, en el agua se desdoblán, adquieren reflexión de sí; el agua es, repito, la conciencia del paisaje. Donde hay agua parece el paisaje vivo. Y el agua del río es conciencia viviente, conciencia movizada<sup>102</sup>.

El otro viaje anhelado tendría por destino la ilimitada llanura de la Pampa argentina, según recuerda en una ocasión: «alguna vez hablamos [Zuloaga y yo] de lo grato que nos sería a ambos recorrer juntos los campos y rincones de la tierra de *Martín Fierro*, la Argentina pictórica»<sup>103</sup>.

Mención aparte, por la circunstancia en que se enmarcan, exige el grupo de textos escritos durante el confinamiento de Unamuno en Fuerteventura, reunidos en dos secciones de *Paisajes del alma* —Canarias (Divagaciones de un confinado)»

102. «Trujillo» (1909), en *Por tierras...*, p. 175.

103. «Daño de Regoyos», en *En torno a las artes*, ed. cit., p. 71. Véase otra alusión a un lector bonae-nense en «El sentimiento de la Naturaleza», art. cit., p. 184.

y «De Fuerteventura a París»—, ambas de 1924, y en la tercera parte de la *Autobiografía y recuerdos personales*, subtitulada «En el destierro. Recuerdos y esperanzas (1924-1929)».

En todos ellos quedan recogidas breves instantáneas que retratan la vida del confinado, un personaje que por momentos nos recuerda al Jovellanos desterrado en Bellver, especialmente cuando lo vemos entregado a leer libros sobre la isla y a trazar breves memorias históricas del lugar, como en el que encabeza la serie del destierro «Don Pedro Fernández de Saavedra, primer señor de Fuerteventura», texto que teje acudiendo a las *Noticias de la Historia general de las Islas Canarias* (1859), de José de Viera y Clavijo o en «Los reinos de Fuerteventura», en que, apoyándose en los *Estudios históricos, climatológicos y patológicos de las islas Canarias*, del doctor Gregorio Chil y Naranjo, discurre o divaga el viajero sobre las cuestiones mencionadas, parafraseando y citando amplios extractos de la fuente documental que maneja, así como discrepando de la misma cuando es el caso:

«No obstante esa separación completa de los dos Estados, las guerras eran tan frecuentes, que, por decirlo así, los ejércitos de ambos reinos estaban siempre sobre las armas —dice el ilustre miembro de la sociedad de aclimatación y de la Academia Estanislao de Nancy— ¿No obstante? Todo lo contrario; merced a esa feliz separación —¡felix culpa!, que canta la Iglesia— eran frecuentes las guerras entre los dos reinos majoreros; gracias a esa feliz separación se aclimató la Historia de esta isla<sup>104</sup>.

No obstante, estos comentarios «a la vida que pasa y a la que se queda» —como el narrador los califica en ese mismo texto— pronto se ciñen al presente intrahistórico, y versarán sobre el clima y el paisaje de la isla —rectificando la visión ofrecida en un primer viaje de 1909<sup>105</sup>— o sobre los hábitos y costumbres de sus habitantes, tanto en lo que atañe a celebraciones y fiestas colectivas —un

104. Art. cit., *Paisajes...*, p. 911.

105. Del que dejó sus impresiones en un par de artículos recogidos en *Por tierras de Portugal y España*: «La Gran Canaria» y «La Laguna de Tenerife». Allí también incidía el narrador en aspectos históricos (y hasta geológicos) de la isla, especialmente en lo relativo a los autóctonos, los guanches, si bien tomaba como fuente de imaginación la *Historia general de las islas Canarias*, de Agustín Millares y los estudios geológicos de Saint Claire Deville. En cuanto al paisaje, la ciudad de Las Palmas «poco tiene de interés para los que vamos buscando emociones que no aren por dentro el espíritu. Ha crecido mucho, se ha embellecido según entienden la belleza los comerciantes y los turistas por aburrimiento...» (*Op. cit.*, p.157). Es el interior de la isla el que le atrae, «las dos grandes calderas de este enorme volcán apagado hace siglos» (*Idem*, p. 158), pueblecillos como Teror o extensiones como el valle de Tejada, imponente espectáculo formado por «aquellas negras murallas de la gran caldera, con sus crestas, que parecen almenadas, con sus roques enhiestos, [que] ofrecen el aspecto de una visión dantesca», y donde el fabulador adivina «lo que debió ser el terrible combate entre Vulcano y Neptuno, entre el dios del fuego y el dios del agua» (*Idem*, p. 159). De Santa Cruz de Tenerife tampoco dice gran cosa, salvo que «allí empezó a impacientarme la lentitud de los hijos de esta tierra. Ya allí empecé a sentir los efectos de la soñarrera, de la dulce modorra del aislamiento» (*Idem*, p. 167). En general, en estas impresiones de 1909 no encontramos el entusiasmo y el gozo que vibra en los escritos de 1924, a pesar de ser tan distintas las circunstancias del viajero.

jueves santo, en el artículo homónimo— como al humilde vivir cotidiano. Hay además un conjunto de escritos más de carácter ensayístico que narrativo (pues es de notar que los que tratan de la historia de la isla, a pesar de los contenidos, formalmente son relato o narración); por ejemplo, los titulados «Fatal ambigüedad», reflexión sobre el casticismo y lo castizo, y sobre la acepción vulgar y corriente que ambos términos han ido cobrando, a diferencia del significado que ambos tenían en su ensayo de 1895; «Pablo y Festo», un nuevo desarrollo de la lectura evangélica que había abordado en «Jueves Santo»; o bien «La risa quijotesca», en que versa sobre las diferencias entre el término *riso*, empleado por Dante en *Infierno* y el vocablo *risa*. En otras de estas divagaciones isleñas del confinado aflora el filólogo, constante en el Unamuno viajero. Así, en «Leche de Tabaiba» advierte la peculiaridad de los topónimos indígenas, que, como esa planta autóctona, la tabaiba, suelen llevar la «t» como letra inicial: Tefia, Tefir, Tizcamanita, Tejuate, Toto, Tabaire... En «Este nuestro clima», versa sobre ese posesivo, tan revelador de la psicología de un pueblo (no sólo el canario, sino el español en general) que se cree hacedor de su paisaje. Es justo en este texto donde el viajero cambia su anterior impresión de 1909 sobre la soñarrera, o la dulce modorra del aislamiento, como la había definido:

Pero este clima, ¡este clima! Y ¡cómo se duerme! ¡Es una bendición, una verdadera bendición! En mi vida he dormido mejor. ¡En mi vida he digerido mejor mis íntimas inquietudes! Estoy digiriendo el *gofio* de nuestra historia.// ¡Que razón tenía el amigo Gil Roldán cuando me dijo en Tenerife, allí, en medio del maravilloso paisaje de La Laguna —tengo que rehacer lo que de él dije en mi *Por tierras de Portugal y de España*—, que este paisaje de Fuerteventura es un paisaje bíblico! Evangélico más bien. Este es un clima evangélico. Aquí se funden y se derriten en el lecho del alma las parábolas, las metáforas y las paradojas evangélicas. (Metáfora, parábola y paradoja son todo el estilo evangélico, son toda la esencia del Evangelio, de la Buena Nueva)<sup>106</sup>.

Y en «El camello y el ojo de la aguja», revela cómo estando en Pájara, durante una excursión realizada a ese pueblito de la parte occidental de la isla, llegó a descubrir el sentido de la vieja metáfora que reza «es más difícil que entre un rico en el reino de los cielos que el que pase un camello por el ojo de una aguja»<sup>107</sup>.

Ahora bien, en este conjunto de textos insulares, tan robinsonianos como quijotescos<sup>108</sup>—, predomina la mirada de un viajero atento al humano vivir y

106. Art. cit., *Paisajes...*, p. 914.

107. De *En el destierro*, pp. 654-656.

108. Entre los tres libros que Unamuno se llevó a Fuerteventura no se encontraba *El Quijote* porque contaba con encontrarlo allí, si le hacía falta, nos dice («En el destierro», p. 665), pero continuamente afloran las referencias a la obra cervantina, porque «el espíritu [del libro] lo traía conmigo. También, afloran las referencias a Robinson, dos héroes viajeros con más de una nota en común, y cuya contraposición mutua rechaza (aun habiendo él también incurrido en el error), admitiendo rasgos del uno en el otro: «Y ahora voy a recordarle dos pasajes de aquel Robinson Crusoe que se daba a leer a los niños

progresivamente enamorado de un paisaje del que se propondrá llegar a ser su descubridor y su cantor, igual que de la Atlántida lo fue Platón y de la Mancha, Don Quijote. Notemos que de los primeros escritos (tanto de la serie agrupada en *Paisajes...* como de la reunida en la *Autobiografía*) desaparece el yo, y el confinado se dedica a hablar o escribir sobre su circunstancia, según comenté. Y cuando ese yo aflora por primera vez lo hace con acento pesimista, para darnos una nota casi lúgubre referida a «la espantosa oquedad» del pesimismo, porque en aquel aislamiento se percibe de forma más intensa toda la tragedia de la decadencia:

Marcha aquí la vida al compás del paso solemne y lento del camello. La lejanía en el espacio trae consigo lejanía en el tiempo. Cuando las noticias nos llegan con ocho, a las veces con quince días de retraso, llégnanos descoloridas y sin sonoridad. Sus últimos ecos en su foco apagáronse cuando llegan ellas a nosotros. Y esto parece que debe prestarse a que uno las aprecie con más serenidad.

Pues bien; en este tranquilo alejamiento, en este aislamiento —y cómo se comprende en esta isla todo el valor de esta palabra: aislamiento!—, tan propicio al examen de conciencia, a la rumia de los recuerdos, a la contemplación del pasado vivo, aquí se siente con más fuerza la tragedia de la decadencia, del derrumbe de un pueblo; aquí se indigna uno más con patriótica indignación<sup>109</sup>.

De ahí este artículo titulado «El caos», donde el lingüista —que pide dispensas al lector— versa sobre la etimología de la palabra, «que quiere decir propiamente hiato o también bostezo». Mas a este ser temporal, a este hombre que padece la historia, pronto se le sobrepondrá el pensador o razonador, que recuerda que la cárcel puede ser campo de batalla, como lo fue para Cervantes y para su amado Fray Luis<sup>110</sup>. Y a medida que se vaya aclimatando o adquiriendo familiaridad con «el navío del desierto»<sup>111</sup>, el aislamiento será «fecundo», porque el confinado adopta una actitud más activa, resuelta en luminosos textos paisajísticos y costumbristas (más en el sentido antropológico cultural, el citado enfoque), y el anterior tono pesimista referido a su condición personal se vuelve belicoso: «En cuanto llegué a esta tierra o, mejor, en cuanto me dejaron en esta tierra, a la que la Policía me

---

—a los niños—, lo que les incapacitaba para poder comprenderlo de mayores; aquel Robinson Crusoe que tantos —y yo entre ellos— han solido contraponer al *Quijote*. ¡Qué error! Robinson es quijotesco, y Don Quijote es robinsoniano. Los dos pasajes a que aludo es uno aquel en que Robinson coge un loro y le adiestra a que le llame: «Robin; Robin; Robin». Quiere oírse llamar desde fuera y por otra voz, que si uno se llama a sí mismo, por muy alta voz que sea, no se oye. ¿Quién dice que hay escritores, oradores, publicistas que están en continuo monólogo? El verdadero monólogo es sin oyentes, y éste ni el que monologa se oye. Y el otro pasaje es aquel otro en que se nos cuenta cómo al encontrar Robinson en la arena de una playa de su isla desierta la huella de un pie desnudo de hombre huyó aterrado a recogerse a su choza. Mas...» («Cartas al amigo» (1934), en *Mi vida...*, vol. II, p. 184).

109. «El caos», *En el destierro*, p. 646.

110. Véase *En el destierro*, p. 644.

111. *Idem*, p. 654.

ha traído...»<sup>112</sup>; «estoy aquí por incorregible perturbador del orden, según los de la ordenanza», se burla en otra ocasión<sup>113</sup>.

Textos como «A pesca de metáforas», en que el viajero narra sus experiencias con los isleños, a quienes acompaña en sus salidas a faenar y «a la sombra de la vela, reclinado en el borde del bote, hundía mi mirada en el seno azul de las olas y buscaba allí una fuente de metáforas, un manadero de ideas»<sup>114</sup>, revelan el triunfo del rebelde y la reaparición —resurrección— del peregrino de la belleza, con un claro designio: fijar, eternizar, la «fuerteventurosa Isla Afortunada», como empezará a llamarla. Y hablará de su solemne belleza trágica, «toda ella entrañas calcinadas de la tierra madrasta», «toda ella hueso calcinado al sol y refrescado por la brisa atlántica»<sup>115</sup>; de las «descarnadas, esqueléticas montañas», de los «barrancos secos y sedientos, cadáveres de río», de la isla ermitaña<sup>116</sup>; y convertirá la aulaga —esqueleto de planta, toda ella secas espigas y, por breve tiempo, flores»<sup>117</sup>— en símbolo tan poderoso como Leopardi hizo de la ginesta o el propio Unamuno de la encima castellana. «La aulaga mayorera» y «El fobio» (ambos en *Paisajes del alma*) son dos soberbios textos que revelan cuán hondamente sintió el viajero la belleza de aquella aislada tierra sedienta y de aguas salobres, de aquella isla de camellos y acame-llada<sup>118</sup>, y cómo meditó en la esencia de su paisaje y paisanaje, una vez que las impresiones se asentaron y se hicieron carne de su mente:

El yeldo, la levadura, la fermentación, es el signo y el símbolo de la civilización, de la historia. La masa se yelda, se hincha, fermenta, y hace el pan mollar, el pan histórico, el pan civilizado de que nos alimentamos. Aquí se alimentan de gofio, que lo echan en la leche o en el caldo —aunque esto es ya cosa de señoritos, de civilizados, que toman como golosina, el gofio—, o más bien hacen con él y con un poco de agua salada una pela y así se la comen. Y esta pella de gofio y agua salada es un esqueleto de pan, en la osatura del pan.

¡Esqueleto de pan! Símbolo también de esta tierra fuerteventurosa, esquelética, con las corcovas de sus montañas. El gofio, el esqueleto de pan, es hermano de la aulaga, de esa mata esquelética de que se alimenta el camello<sup>119</sup>.

Colofón de esa experiencia es el diálogo «El miedo y la verdad», texto que cabe emparentar con los autodiálogos. Luego, ya en París, el desterrado nos contará cómo de Fuerteventura salió llorando. Y posiblemente no haya mejor prueba de que su corazón echó allí «raíces incorruptibles» que el posterior aflorar de sus recuerdos

112. *Idem*, p. 654.

113. *Idem*, p. 656.

114. *Idem*, p. 661.

115. *Idem*, p. 680.

116. *Idem*, p. 669.

117. *Idem*, p. 669.

118. *Idem*, p. 654.

119. *Paisajes...*, pp. 927-928.

isleños. Véase, en uno de éstos, el cambio de visión operado respecto de la experiencia primera (pues se refiere al mencionado soñarrero isleño) y el tono optimista y luminoso del mismo:

Se dice que en aquellas islas Canarias el hombre se aplatana, y el de Fuerteventura, el majorero, pasa en ellas por ser indolente. Pero yo sé que jamás me he mantenido más despierto y que lejos del tumulto de las últimas noticias, del barullo de la actualidad, recibiendo correo cada cinco o siete días, oyendo la canción brizadora de la mar, la leyenda del Atlántico, al pie de las recortadas colinas peladas, he entrevisto con toda nitidez el esqueleto de nuestra historia, la osamenta de nuestra civilización. Desde la augusta sequedad de Fuerteventura he comprendido el veneno de la sombra del follaje de nuestras instituciones. La mar ha cantado a mi soledad íntima y me la ha encantado.[...] Pasarán los años; se irá deshaciendo mi memoria; se pudrirá en ella, en mi memoria, su carne y en esta carne los recuerdos que allí encarnaron; pero los que se hicieron hueso de sus huesos, hueso de mi memoria, osamenta del espíritu, éstos no se pudrirán nunca<sup>120</sup>.

120. «En el suave tumulto», *En el destierro*, pp. 681-82. Y en «Montaña, desierto, mar», vuelve a recordar: «Pero desde aquí, desde París, desde este París que está reventando historia, lo que pasa y mete ruido, ni se ve montaña, ni se ve desierto, ni se ve mar! Los pobres hombres que estamos enjaulados aquí, en la ciudad, en la gran ciudad, en el Arca de Noé de la civilización y de la historia, no podemos a diario limpiar nuestra vista, y con ella nuestra alma, en la visión de las eternidades de la montaña, del desierto, de la mar.» (*Paisajes...*, p. 938).